

# CRÓNICAS

---

## PREMIO NACIONAL DE PAZ



# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

<b>PRÓLOGO</b>	
<b>UNA PAZ ESQUIVA</b>	VII
<b>LOS SOBERANOS</b>	1
<i>Patricia Nieto</i>	
<b>VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA</b>	19
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
<b>LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO</b>	33
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
<b>EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN</b>	53
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
<b>MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO</b>	67
<i>José Alejandro Castaño</i>	
<b>BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE</b>	79
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
<b>LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO</b>	89
<i>José Navia</i>	
<b>UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO</b>	103
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
<b>MADRES CORAJE</b>	115
<i>María Teresa Ronderos</i>	

<b>LA FAMILIA AUSENCIA</b> <i>Cristian Valencia</i>	<b>131</b>
<b>CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN</b> <i>Pilar Lozano</i>	<b>145</b>
<b>EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS</b> <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	<b>161</b>
<b>“HERMANO PARA SIEMPRE”</b> <i>Marta Ruiz</i>	<b>187</b>
<b>VOLVER A EMPEZAR</b> <i>Sandra Janer</i>	<b>199</b>

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas



silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# MADRES CORAJE

---

MARÍA TERESA RONDEROS\*

Cuando todavía las víctimas no se atrevían a elevar su voz, las Madres de la Candelaria, de Medellín, se arriesgaron a exigir justicia, verdad y reparación por la violencia que padecieron sus hijos, a manos tanto de paramilitares como de guerrilleros. Por ser las precursoras de la movilización pública y las guardianas de la memoria, se les otorgó el Premio Nacional de Paz en 2006.

---

\* Estudió Ciencia Política en la Universidad Internacional de la Florida; obtuvo una maestría en Ciencia Política de la Universidad de Syracuse y finalizó cursos para la maestría en Periodismo de la misma universidad. Fue directora del programa periodístico de TV, *Testimonio*, editora política de *El Tiempo*, directora del noticiero *Buenos Días Colombia*, columnista de *El Espectador* y directora de la revista *La Nota Económica*. Ha sido editora general de *Semana*, directora de *Semana.com* y asesora de la misma casa editorial. Creadora y directora del portal de internet *verdadabierta.com*. Fue becaria de la Knight Fellowship en la Universidad de Stanford y ganó el premio Rey de España en 1997. Es autora de los libros *Punch, una experiencia en televisión* (1992), *Retratos del poder* (2002), y *Cinco en humor* (2006); y coautora de *Cómo hacer periodismo* (2002) y *Poder y medios* (2004). Ganó el premio María Moors Cabot en 2007.



● Basta ya de secuestros y desapariciones, ven, haz algo, di algo, para que no te toque a ti! —gritan las mujeres mientras caminan frente a la Iglesia de la Candelaria en el bullicioso centro de Medellín. En Colombia, donde la sucesión de guerras ha tornado a la gente indiferente y a las víctimas invisibles, ellas, las madres de los desaparecidos y de los secuestrados, con sus camisetas blancas y sus consignas sentimentales, han querido obligar a todos a ver que su tragedia es real y no un conflicto ideológico abstracto. Ellas, las Madres de la Candelaria, al igual que las argentinas Madres de la Plaza de Mayo que las inspiraron, querían evitar el olvido de los que se sabían vivos y cautivos, y exigir su libertad; y la verdad acerca de los que nada se sabía. —¡Nos duele la maldad de los malos, pero más nos duele la indiferencia de los buenos!

El movimiento empezó con unos pocos familiares de soldados y policías secuestrados por las Farc y un puñado de madres de desaparecidos quienes comenzaron, hacia fines de 1998, a hacer plantones regulares de protesta. Caminaban un día fijo, de noche y vestidas de negro alrededor de un gran edificio del centro de Medellín.

Se animaron empujadas por los millones de colombianos que, hastiados del horror, habían marchado contra el secuestro y por la paz. La Red de Iniciativas contra la Guerra y por la Paz, Redepaz y País Libre, entre otras organizaciones, habían logrado que diez millones de ciudadanos votaran a favor del Mandato por la Paz en octubre de 1997. Esas marchas del ¡No Más! se hicieron también en Medellín, y a una de esas, en la que participaban los familiares de los soldados y policías secuestrados, se sumaron familiares de desaparecidos, que

en Antioquia empezaban a contarse por los miles. Una eucaristía en La Alpujarra selló esa rara alianza de víctimas.

Alianza extraña porque aunque el sufrimiento era equivalente, hasta entonces no solían mezclarse víctimas de victimarios enemigos. El conflicto colombiano tenía como actores principales a las Farc y al ELN, guerrillas que estaban en pleno apogeo expansivo y convirtieron el secuestro en una epidemia. De sus batallas ganadas se llevaban soldados y policías —y después a varios políticos— para canjearlos por sus presos. Y en su contra, los paramilitares, agrupados desde 1997 en las Autodefensas Unidas de Colombia, conquistaban territorios arrasando con lo que se les atravesara y apelando a cualquier método: matar, desaparecer, aterrorizar, expulsar.

Un periodista, cuyo nombre aún hoy no revelan, que supo de las tímidas marchas nocturnas del pequeño grupo, les habló sobre las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina. —Marchen de día, donde las vean, para que su voz se oiga —les dijo. Pensaron varios sitios donde ubicarse y se decidieron por el atrio de la Iglesia de la Candelaria, una joya arquitectónica que fue originalmente la catedral de la ciudad. Allí había movimiento y mucha gente iba a misa de 12. Así que desde el 17 de marzo de 1999 las madres se fueron a marchar allí todos los miércoles al medio día para que las vieran, para que sus penas les dolieran a todos.

Así empezó lo que se fue conociendo como el grupo de las Madres de la Candelaria. Marchaban Jairo Rúa y su esposa Hilda, creadores de la organización que representa hasta hoy a los familiares de los uniformados secuestrados, Asfamipaz; Doña Dolly Castañeda, mamá de Ruth Beatriz, una sicóloga que era la jefe de personal de Expreso Girardota, secuestrada por las Farc en octubre de 1997; María Eugenia Cobaleda, hermana de Óscar y Jairo, dos abogados desaparecidos en abril de 1998 en Dabeiba; Amparo Mejía, líder barrial desde joven, que salía a marchar para que le devolvieran a su amigo de infancia, casi su hermano, un soldado secuestrado por la guerrilla.

Cuando las descubrió en sus rondas frente al atrio de la iglesia, María Elena Toro se les acercó tímida a observar. Luego se animó y comenzó a caminar con ellas. Desde entonces no ha fallado ni un solo

miércoles. Tampoco su padre, don Francisco, un viejo bello, hoy de 90 años, que habla como poeta y regala rosarios hechos por él, como queriendo bendecir a quien se le acerque. Le desaparecieron al hijo de María Elena, su nieto Franklin, a una hija, un yerno y otra nieta. Siempre supusieron que fueron los paramilitares que les querían quitar una ladrillera en Frontino, Antioquia.

Todos ellos llegaban a la iglesia cada miércoles a como diera lugar. Algunos faltaban porque a veces no tenían para el pasaje desde su barrio al centro. Caminaban, mientras clamaban porque les devolvieran a los suyos; la esperanza revuelta con la rabia. Solidarios, Carlos Iván Lopera y otros de Redepaz las acompañaban. —Nos llevaban juguito y tinto a las marchas —cuenta María Elena.

De la mano de Redepaz, llegó un día a la Candelaria una mujer pequeña, nerviosa, de ojos brillantes, llamada Teresita Gaviria. Trabajaba como Secretaria General del Estadio Atanasio Girardot. La vida se le había partido en dos el 5 de enero de 1998, cuando desaparecieron a su hijo Cristian Camilo Quiroz, estudiante de bachillerato de 15 años, quien iba de vacaciones a Bogotá con un amigo, y con Robinson Hernández de 29 años, estudiante de ingeniería cercano a la familia.

Según ha contado Teresita decenas de veces, en Doradal los bajaron del bus a los tres. Uno se voló, pero paramilitares armados capturaron a Robinson y a Cristian. A Teresita la llamó el que se salvó: —se llevaron al ingeniero y al niño —le dijo. Ella desesperada se fue a buscarlos. Estuvo dos meses en el Magdalena Medio, como loca, preguntando en cada pueblo, siguiendo cada pista. Nunca encontró a Cristian. Con la última foto que tenía de él, se unió a los plantones de las Madres de la Candelaria.

El gobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria<sup>1</sup>, empeñado en empujar una salida pacífica al conflicto, convocó una gran marcha de respaldo a la causa de las Madres de la Candelaria. “Rompamos el silencio, ellas lo están haciendo” decía el lema de la caminata convocada por la Gobernación.

---

1 Siendo Gobernador de Antioquia, y mientras lideraba una marcha contra la no violencia hacia Caicedo, Antioquia, Gaviria fue secuestrado por las Farc en abril de 2002 y el 5 de mayo de 2003 fue asesinado durante un rescate del Ejército junto al ex ministro Gilberto Echeverry y ocho soldados que también estaban cautivos.

En junio de 2001, el clamor de las madres de los uniformados surtió frutos. El gobierno de Andrés Pastrana autorizó que salieran de las cárceles 15 guerrilleros, a cambio de 42 policías y soldados. Cuando los medios anunciaron que iba a haber intercambio llegaron unas 20 madres más. Ese día también quedó en libertad el amigo de Amparo Mejía. Felices, se reunieron con otros familiares y amigos a quemar las pancartas y las camisetas para brindar el final del vía crucis.

Pero muchas de las marchantes aún seguían sin saber de sus hijos, hermanos y esposos. Así que volvieron el siguiente miércoles a La Candelaria. Se sentaron en el andén, descorazonadas; quedaban apenas unas cuantas. Amparo recuerda sobre todo a doña Dolly y a los muchachos de Expreso Girardota con la cartelera de "Ruthbea". Un cuadro de abandono que le impidió dejar al naciente grupo, aunque su amigo ya estaba libre. *Teleantioquia* dio la noticia de que las Madres de la Candelaria seguían marchando y eso ayudó para que en las siguientes semanas llegaran otras.

Con los ánimos por los suelos, llevaban sus carteles tristes, de fotos descoloridas al sol, cada una con la fecha del día en que se los llevaron los hombres armados. Redepaz, que se había alejado de ellas por algunos roces, volvió a acompañarlas. Les dio espacio en su oficina para que pudieran descansar o conversar después de las marchas.

Se necesitaba coraje para atreverse a denunciar secuestros y desapariciones a plena luz del día, en el centro de Medellín. En algunas comunas de la ciudad todavía mandaban las milicias de la guerrilla, y otras eran el campo de batalla en el que el sanguinario Diego Murillo, alias 'Don Berna', pretendía arrebatarle el dominio al ex militar Carlos Mauricio García, alias 'Doble Cero'.

La mayoría de las madres eran víctimas de la desaparición forzada de sus seres queridos, un delito atroz que, a diferencia de otros crímenes de lesa humanidad, no les había permitido cerrar sus heridas con el tiempo. Al contrario, a medida que pasaban los días y no encontraban a sus hijos y maridos, iban perdiendo la esperanza de que estuvieran vivos.

Así que mientras los miércoles marchaban frente a la iglesia de la Candelaria en el Parque de Berrío, el resto de la semana buscaban



a los suyos. En las morgues, en Medicina Legal, en los hospitales, intentando seguir los caminos por donde alguien les dijo que los vieron. —Me iba todo el día al centro a caminar, llorando, y volvía rendida por la noche a la casa —contó en muchas ocasiones Flor Raigoza, madre de Diego, taxista desaparecido en 2001.

Y fue buscando a su madre Mercedes Toro, como Claudia desapareció. María Eugenia Cobaleda se fue hacia Dabeiba en la madrugada cuando se enteró de la desaparición de sus hermanos, preguntando en Palmitas, San Jerónimo, Sopetrán..., y Ana de Dios Zapata, que perdió a su hermano, que era como un hijo suyo, lo buscó por Barbosa y Santo Domingo, y bajó por los lados de San Roque. Sus noches dejaron de ser tranquilas.

Llevarse a alguien, esfumarlo, mantener a la familia en la incertidumbre, se volvió una estrategia de guerra fríamente diseñada para intimidar, para sembrar culpa. Siempre esa sensación de no haber hecho lo suficiente para encontrar al hijo perdido. También para destrozarse cualquier proyecto de vida y quebrar los espíritus. Poner a las madres a rogar, a las esposas a suplicar, a hacer lo que fuera para saber qué pasó era una forma de mantener el dominio, de conservar el poder sobre todos.

La sociedad colombiana, además, había condenado a estas víctimas a la invisibilidad. Cuando las Madres de la Candelaria empezaron a marchar, la desaparición aún no era delito en Colombia. Apenas un año después, en 2000, fue aprobada la Ley de Desaparición Forzada y la justicia podía empezar a buscar a los responsables de la desaparición de sus hijos. Y apenas en 2004 todavía faltaban tres años para que las estadísticas nacionales registraran oficialmente este crimen atroz. Por eso ni entonces, ni ahora se sabe exactamente cuántos desaparecidos hay en Colombia.

Asfaddes, organización que agrupa a familiares de desaparecidos, habla de más de 10 mil víctimas de este delito, aunque en realidad su dimensión puede ser mucho mayor. Un estudio de la Fiscalía encontró que entre 1995 y 2006 sólo en Antioquia fueron desaparecidas 2.595 personas, la mayoría en Medellín, una ciudad que en los noventa fue escenario de cruentas batallas entre narcotraficantes, paramilitares, milicianos de las guerrillas y delincuencia común.

## LA DIVISIÓN

Haber armado una organización visible, pública, como la de las Madres de la Candelaria, aunque fuera informal, era por sí solo un desafío a la lógica de enemigos con que operaba la guerra. —Era el primer espacio que se abría de esta naturaleza en Colombia, donde valían lo mismo las víctimas de los unos que de los otros. Era un gran mensaje político al país —dice Carlos Iván Lopera, hoy en PNUD, pero quien desde Redepaz siguió de cerca el movimiento de madres desde sus inicios.

A medida que crecían, empezaron a perfilarse dos grupos alrededor de unos liderazgos fuertes, según lo atestiguan varias personas que las conocieron en esa época. Por un lado estaba Amparo Mejía, en sus treinta, activista barrial, espontánea, cálida, y con ella, María Elena Toro, hoy en sus sesenta, con esa certeza de matrona paisa que inspira confianza de solo verla: bajita, maciza, sonriente, sin dejarse ver el dolor. Del otro, estaba Teresita Gaviria, en sus cincuenta, con una energía de fuego, cariñosa, articulada, cuidada en su apariencia, más consciente de sí misma.

Redepaz les patrocinaba viajes para participar en encuentros nacionales de víctimas, para que tejieran lazos protectores y su causa tuviera eco. —Nos reuníamos en tertulias lindísimas, como colegas, con mucha alegría —recuerda Lopera quien solía acompañarlas. En una de esas visitas, varias madres viajaron a Bogotá en bus y les robaron. Así que al siguiente viaje mandaron a una sola de ellas para que pudiera ir en avión. A su regreso tuvo un desencuentro con Redepaz por la forma como le pidieron que legalizara sus viáticos. Algunas madres quedaron molestas porque, con razón o sin ella, sintieron que Redepaz usaba su pena para conseguir financiación.

El incidente fue la gota que rebasó la copa de tensiones que ya existían y rompió a las Madres de la Candelaria en los dos grupos. La división sucedió en 2002, aunque nadie fijó la ingrata fecha exacta en la memoria. De un lado, Teresita y la mitad de las madres (unas 50 familias) se quedaron muy cerca de Redepaz. Atendían desde sus oficinas y se afianzaron bajo el ala de esta organización nacional. Del otro, Amparo y María Elena, y la otra mitad de las madres, se fueron

a conversar con el gobernador Gaviria que había sido su guía. Él sacó de la manga un adagio paisa: —Se pueden curar del hígado sin trabajar con la plata de otra gente —y les recomendó que montaran su propia organización para que así nadie hablara por ellas sino ellas mismas.

Les tomó su tiempo formalizarse como organizaciones diferentes. No era fácil para unas mujeres que hasta el día de su tragedia eran, en su mayoría, unas sencillas amas de casa, convertirse en administradoras de recursos, líderes políticas y al tiempo seguir ganándose la vida con enorme dificultad. La mayoría son madres solas, viudas, abuelas con hijos de desaparecidos y nietos qué sostener.

En enero de 2003, el grupo de María Elena y Amparo se constituyó formalmente en la Corporación Madres de la Candelaria, según quedó registrado en la Cámara de Comercio de Medellín. Por consejo de sus inspiradoras, las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina, se cambiaron el nombre como Madres de la Candelaria-Línea Fundadora. Como primera presidenta quedó Amparo Mejía, y en la junta directiva: María Elena Toro (quien luego se turnó en la Presidencia), Dolly Castañeda, Ofelia Saldarriaga, Héctor Zapata, Ferney Múnera y Marlene Herrera.

Con menos urgencia de conseguir su propia personería, el grupo de Teresita Gaviria se demoró más tiempo en formalizarse. Sólo hasta junio de 2004 constituyeron la Asociación Caminos de Esperanza-Madres de la Candelaria: Teresita de presidenta, Nohemí Osorio, de vicepresidenta de la organización, María Eugenia Cobaleda y Ana de Dios Zapata en la junta directiva.

Cada grupo por su cuenta siguió su lucha, acogiendo con su solidaridad, todos los días, a una nueva madre, a un esposa o a un padre desesperados. Por años todas se encontraron al frente de la Iglesia de la Candelaria, cada miércoles, a gritar sus eslóganes. En el centro, frente a la puerta principal de la iglesia se hacían las de la Línea Fundadora. A un costado, las de Caminos de Esperanza. Las dividía una gran pancarta, como un muro de Berlín improvisado que les permitía ignorarse unas a otras. La escena era una paradoja: mostraba el coraje de las mujeres enrostrándoles a los temibles grupos armados sus pancartas con las fotografías de las víctimas; y a la vez, develaba la desconfianza que les sembró la guerra.

Cuando el país se embarcó desde 2003 en la desmovilización de los paramilitares y la posterior puesta en marcha del proceso de Justicia y Paz, la ilusión de encontrarlos por fin, vivos o muertos, se hizo mayor. La revisión de la Ley de Justicia y Paz que hizo la Corte Constitucional reforzó el papel de las víctimas. Los paramilitares procesados por delitos de lesa humanidad pueden recibir condenas de hasta máximo ocho años de prisión, si colaboran con la justicia, confesando sus delitos, contando la verdad de lo sucedido y entregando sus bienes para reparar a los despojados.

Se creó una unidad especial en la Fiscalía para recabar las pruebas, escuchar las versiones de los paramilitares, convocar a las posibles víctimas de cada uno y preparar los juicios contra ellos. También otras organizaciones (Defensoría del Pueblo, Procuraduría General de la Nación, Acción Social, Comisión Nacional de Conciliación y Reparación, ONG, medios de comunicación) se volcaron a atender, a escuchar a las víctimas. Era su hora.

Envalentonadas por el respiro que significó la apertura de este nuevo proceso, no sólo porque se frenó la máquina de terror, sino porque vislumbraron una oportunidad para conocer la verdad de lo que ocurrió, miles de víctimas comenzaron a participar, a preguntarle a los victimarios, dentro y fuera de las audiencias judiciales a los paramilitares, y se animaron a contar sus historias.

Las madres de la Línea Fundadora al principio se opusieron al proceso. No quisieron participar en las audiencias donde los paramilitares estaban rindiendo versión libre. Sentían que les estaban exigiendo reconciliarse con ellos, cuando todavía no sabían ni dónde estaban sus desaparecidos, ni por qué se los llevaron.

Las madres de Caminos de Esperanza, por el contrario, desde el principio fueron a las audiencias, organizaron plantones de protesta contra los victimarios que no querían hablar y se acercaron a las autoridades a entregar los datos de sus familiares que pudieran hacer la búsqueda más fácil.

La magnitud de la tragedia que emergió de las confesiones de los desmovilizados y de las comprometidas investigaciones de los fiscales de Justicia y Paz trastocó cualquier estrategia política. Las Madres eran primero madres y esposas y hermanas y su urgencia de

saber la verdad era más poderosa que todo. Por eso todas terminaron a su manera explorando cualquier camino disponible para buscar a los suyos.

María Elena Toro, por ejemplo, le envió una carta a Diego Murillo, alias 'Don Berna' para ver si él sabía qué había sucedido con sus familiares: su hijo y el amigo, su hermana y el marido y su sobrina. A través de Amparo, que fue a una visita a la cárcel, consiguió que este recibiera a los familiares de unos cuarenta desaparecidos.

Cuando las madres llegaron les dijeron que en el patio principal las esperaban los jefes paramilitares. Con las piernas temblando Amparo les dijo a las madres: "Llevan años esperando encontrar a estos tipos en una carretera para que les digan dónde están sus hijos, ahora que los tendrán enfrente, no pueden echarse atrás".

Cuando entraron, los toscos hombres de las AUC se pusieron de pie. Uno de ellos, a nombre de todos, les pidió perdón por el sufrimiento causado. Luego rezaron el padrenuestro.

Una por una las mamás les mostraron sus fotos y preguntaron por sus familiares. María Elena Toro fue la última en hablar. Se le acercó a 'Don Berna', y, firme, sosteniéndole la mirada, como jugando sus restos en un póker, le puso las fotos de sus familiares encima de la mesa:

—Esta es mi familia —le dijo—. Necesito saber de ella.

Sin responder, 'Don Berna' metió las fotos en un cuaderno y salió de la reunión. Los otros jefes para también abandonaron el patio. Todos, menos 'El Alemán', que se quedó a almorzar con ellos.

—Me alegra haberlo conocido —le dijo 'El Alemán' a Francisco Toro, el papá de María Elena, mientras le extendía la mano. El viejo Francisco le estrechó la mano, y en su modo poético, le dijo:

—Mi muchacho, ¡el león comiendo con el cordero!

Escenas parecidas vivieron muchas otra Madres de la Candelaria. Teresita escuchó a Ramón Isaza decir que quizás su hijo fue arrojado al río. Luego no se supo nada. Y sólo mucho tiempo después, el 18 de agosto de 2009, fue mencionado en la versión libre que dio en Ibagué, Evelio de Jesús Aguirre Hoyos, alias 'Elkin' o 'Tajada', ex jefe de las AUC en Fresno, Tolima. Fue apenas una referencia al crimen,

pero la Fiscalía informó que aún no se lo ha imputado oficialmente a ningún desmovilizado.

## EL PREMIO

Por la época en que la Asociación Caminos de Esperanza-Madres de la Candelaria, liderada por Teresita Gaviria, fue galardonada con Premio Nacional de Paz, el 27 de noviembre de 2006, todo el que pasaba a medio día por el Parque de Berrío un miércoles podía ver a las Madres. Y aunque desde que comenzó el movimiento las mujeres llevaban casi tres mil días de resistencia, eran invisibles a la gran opinión pública.

—Es una organización muy desconocida, muy subvalorada, pero con un gran tesón, una gran capacidad de persistir, de seguir sin declinar... poner en público su dolor, evitar que esta sociedad olvide —dijo entonces la prestigiosa historiadora María Teresa Uribe en un video que se presentó cuando les entregaron el galardón.

El premio, por supuesto, cambió todo. O casi todo, porque no las unió. Al contrario, profundizó su división.

Por lo que hoy Carlos Iván Lopera reconoce como un error histórico, Redepaz y su presidente Ana Teresa Bernal, quien también es miembro del jurado del Premio, postuló solamente a la Asociación Caminos de Esperanza, a la que conocía mejor porque tenía más cercanía con sus líderes. Los demás miembros del jurado no conocían a la Línea Fundadora. Entonces el reconocimiento, los setenta millones de pesos, el acceso a nuevas ayudas, casi todo se lo llevó Caminos de Esperanza. Esto, entre las Madres de la Línea Fundadora, causó un sentimiento doloroso de que con ellas se había cometido una injusticia. Y eso las alejó más.

Tanto que ahora ni siquiera marchan el mismo día. La rivalidad entre las líderes de los dos grupos se volvió tan grande que, finalmente, con intermediación de terceros, llegaron al acuerdo de que la Asociación Caminos de Esperanza se pasaría a los viernes y las de la Línea Fundadora seguirían los miércoles.

Sin embargo, unas y otras reconocen que el Premio Nacional de Paz les trajo muchas bendiciones. Al grupo ganador les significó

crecimiento en muchos sentidos. —El Premio Nacional de Paz es nuestro apellido —dice orgullosa Teresita, quien recibió el Premio en Bogotá, con otras 48 mujeres de su grupo—. Todavía no se nos pasa la emoción —y aún recuerda con lágrimas la avalancha de felicitaciones, la placa que les dio la Iniciativa de Mujeres por la Paz, la congratulación de la Empresas Públicas de Medellín y de tantos otros. El premio logró hacerlas visibles a ellas y al enorme y subterráneo movimiento de víctimas de todo el país.

Además les trajo independencia económica. Compraron oficina en el centro de Medellín con parte del dinero otorgado, y allí cuelga enmarcado y en primer plano el pergamino en el que consta su logro. El aval del premio les abrió nuevas puertas en el competitivo mundo de la cooperación internacional. Consiguieron apoyos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, que, entre muchas otras cosas, los incluyó en su lista de honor de Buenas Prácticas que conducen al final de la guerra; y Redepaz las incluyó en su proyecto de fortalecimiento de las organizaciones de víctimas que financiaron durante varios años con la cooperación holandesa.

Más formada como organización, con mayor reconocimiento nacional e internacional, la Asociación Caminos de Esperanza consiguió un gran respaldo de la cooperación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), que en 2008 les aprobó 200 mil euros por año y les ha brindado un acompañamiento institucional para que fortalezcan su capacidad administrativa y puedan extender su brazo más allá de la región antioqueña, impulsando un movimiento nacional de madres de desaparecidos y secuestrados.

Hoy la Asociación tiene psicólogo permanente, contador, secretaria administrativa, comunicador social y una gestora institucional, que se encarga de coordinar e impulsar proyectos con otras entidades públicas o privadas a favor de las víctimas. Ella es Lina Cano, cuyo esposo fue desaparecido, y quien asegura que cada día llegan a su sede entre 8 y 10 familiares de desaparecidos o secuestrados de hace años o de hace días. Porque al viejo conflicto se le han sobrepuesto la criminalidad común que deteriora el valor de la vida y también secuestra y desaparece.

—¡Me han ayudado tanto! —dice entre suspiros Blanca Nelly Daza, nacida en San Francisco, Antioquia. Su tragedia es inimaginable: tres hijos desaparecidos, su esposo asesinado, un hijo en la cárcel por raspachín; fue expropiada y desplazada—. Me dan los pasajes para venir al centro, me han acompañado a averiguar qué pasó, me han puesto psicólogas para aprender a no ser triste, a tener como otra vida.

Y Ana de Dios Zapata, que ahora tiene trabajo de tiempo completo con la Asociación, ayudando a orientar a otras madres que llegan, dice que no hubiera sido capaz de estudiar como lo hace ahora, ni de trabajar, sin el consuelo de Teresita y de las madres. —A mí me ha ayudado a crecer muchísimo —dijo y contó que ellas la animaron a que estudiara con el Programa de Víctimas de la Alcaldía, y ya está cursando once grado.

La Asociación ha realizado talleres con otras madres del país, y está desarrollando un proyecto de apoyo social y psicológico a hijos de víctimas de 7 a 12 años, para ayudarles a lidiar con las difíciles condiciones familiares que traen el desarraigo y las pérdidas.

No todas han sido buenas noticias para las madres de la Asociación. Teresita cuenta que una frustración grande es cuando no pueden ayudarle a una mamá que está sufriendo. Les pasó con una compañera de apenas 37 años cuyo esposo desapareció y se quedó a cargo de tres hijos chicos. —No quiso ayuda psicológica, no se quiso salir de su pena, se encerró en un cuarto y se dejó morir —dijo.

También ha habido peleas internas. Álvaro González, quien cuenta que fue desplazado y cuya hija de 7 años fue desaparecida por los paramilitares, él cree, en complicidad con su propia ex mujer, se ha alejado de la Asociación. Él dice que demandó a Teresita ante la Fiscalía porque cree que se está perdiendo dinero, que no todo se invierte en las víctimas. Ella lo expulsó, pero él dice que no se deja echar. —Yo sigo en la Asociación es por mi bellas damas, porque entre nosotros nos damos alivio y nos aplacamos un poco ese dolor.

María Edith Correa, quien estuvo cuatro años con Caminos, piensa algo similar: que Caminos recibe muchas ayudas y no reparte suficiente entre las víctimas. Ella perdió a su hijo en julio de 2005 y aunque sabe por los desmovilizados que fue asesinado, aún no han



encontrado su cuerpo. Ahora, con otras cinco madres ha creado otra organización: la Corporación Nueva Vida Esperanza. —Yo quiero ayudarle más a las mamás —dice.

Teresita desestima las denuncias. —Son gente malintencionada, que habla por hablar, por desestabilizar al movimiento —dice.

Con sus proyectos de vida deshechos, a veces prendidos de un hilo de esperanza, de una pista que les diga qué pasó, las familias de los desaparecidos han sido presa fácil de avivatos y estafadores. Por ello quizás, se profundiza la incredulidad. Tal vez eso, y tantas plegarias sin atender, hace difícil mantener los frágiles lazos de afecto y confianza que han logrado tejer estas organizaciones en medio de un país quebrado por la intolerancia, con el acecho de los violentos aún a la vuelta de la esquina.

A pocas cuadras del pasaje donde queda el edificio de la Asociación, se reúnen las madres de la Línea Fundadora. María Elena Toro, al lado de su padre don Francisco, ya casi ciego, reflexiona un poco ante la pregunta sobre cómo las benefició el Premio Nacional de Paz en 2006, y luego responde: —Fue una gran cosa para nosotras las víctimas, hacernos visibles en todo el mundo, saber que nuestro trabajo fue premiado y que todos se enteraran. —Y después añade—: Ya específicamente a nuestro grupo, el de la Línea Fundadora, no nos benefició en nada, más bien ayudó a que nos distanciáramos de las de Caminos.

De todos modos la notoriedad que les dio el Premio Nacional de Paz a las víctimas antioqueñas les abrió nuevas puertas también a ellas. A María Elena, la Gobernación la condecoró con el Premio Antioqueña de Oro, y su historia ha sido contada en varios países e idiomas. Ella misma fue con la Ruta de Mujeres por la Paz a una larga visita por varias regiones de España, adonde pudo llevar la voz de sus compañeras de marchas, y exigir que se siga buscando la verdad. Ella ya encontró a tres de sus familiares en fosas anónimas en fincas lejos de donde se los llevaron. A su hijo Franklin y el amigo aún no los encuentra, pero ya sabe exactamente qué les pasó. Un miembro de la fuerza pública los detuvo, vio que iban sin papeles y se los entregó al jefe paramilitar de la zona y este ordenó que los desaparecieran. El 'para', un tipo feroz, murió asesinado por la gue-

rrilla que lo arrojó a una paila de melaza hirviendo, en la que estaban preparando panela.

María Elena, y muchas otras, están validando estudios con el Programa de Víctimas de la Alcaldía de Medellín. Y reciben talleres de justicia restaurativa con una profesora de la Universidad Bolivariana a los que también asisten algunas madres de los Caminos de Esperanza.

Las fundadoras también han seguido creciendo. Todos los días les llegan nuevas madres. Este año han recibido a unas veinte que tenían desaparecidos de hace muchos años, y once han llegado por casos muy recientes. Ellas las acogen, les dan su conocimiento de los vericuetos de la justicia, que han sufrido en carne propia, y ayudan a buscar información que dé luces.

Amparo Mejía, presidenta de la Línea Fundadora, cuenta que a veces no han podido acceder a becas de la cooperación porque ya han sido otorgadas para las de Caminos. Noemí Henao, una madre cuyo esposo desapareció en mayo de 2002, asiente mientras la escucha: —A mi hija no le pudimos conseguir la beca que ofrecía la Embajada de España.

—Sería bacano que los organizadores del Premio de Paz hicieran alguna mención, algún reconocimiento de que nosotras también somos Madres de la Candelaria; no importa el dinero, como dice doña Dolly, nosotras estamos en esto es por los hijos e hijas, no por el dinero —dice Amparo con la sonrisa puesta, y mientras ayuda a recoger las pancartas del suelo. Otro miércoles de marchas que termina. Las otras madres, las de Caminos, vendrán el viernes.

Seguirán buscando sus verdades, y dándose ayuda para lidiar con las tragedias. Coraje y dignidad, cuando no haya qué cenar. A veces también confusión y desconfianza, cómo no va a ser así en un país de tantos sueños rotos. Pero, cuando miran para atrás lo que han logrado, todas las Madres de la Candelaria se reconocen en su dolor, en su solidaridad y saben de la importancia que tienen sus organizaciones para darles esperanzas a las madres que están por llegar.